

Praga 1933

Sobre Praga, joven ciudad, ciudad de la alegría y de la voluntad de vivir, pesan siempre el espíritu del gótico y, aún con más fuerza, el espíritu avasallador, incluso agobiante, del barroco de los Habsburgo. Es como la impronta de una princesa viejísima, cuyos rasgos petrificados han conservado siempre su belleza, que hubiera sobrevivido a toda su lejana descendencia, inmensamente rica, y de quien nadie osaría pensar aún que fuese a morir. Sobre los grandes espíritus que han ejercido aquí su actividad, de Rilke a Kafka, ha campeado siempre la sombra del espíritu del barroco. ¿Qué es este barroco? No sólo es la pura llama espiritual del cristianismo cristalizado que se manifestaba en el gótico, es un cristianismo que ya ha gustado de las riquezas del espíritu de la antigüedad renacida y de las mieles de las ciencias físicas y naturales resucitadas (el arte de los alquimistas), un contramovimiento grandioso del catolicismo, que se impuso hasta en la agonía que incluso el viejo Goethe no pudo resistir en su *Fausto*. Hemos de asistir al segundo renacimiento de la libertad. ¿De dónde provendrá, del núcleo de Europa, de la cual Praga es justamente el centro geográfico y quizá político? ¿O surgirá en otras regiones, quién puede decirlo? Es cierto que hombres enérgicos están dispuestos a obrar, con el ministro de Estado Beneš a la cabeza. Sin hacerse ilusiones, racionalmente pero sin estrechez racionalista, razonablemente pero sin caer en argucias, han encontrado el gran valor de oponerse al egoísmo más acendrado, al egoísmo "sagrado" de la nación y de la "raza", algo más grande, más libre y más seguro de sí. Bohemia (lamentemos de paso que Checoslovaquia no reconozca ese maravilloso nombre de manera oficial) desde siempre ha producido grandes pedagogos, grandes porque reconocen sus límites y los aceptan, de Amos Comenius hasta Masaryk; y el preceptor de la nueva comunidad de pueblos y hombres, el fundador de un segundo Renacimiento, puede venir de ese sol soberbio y sombrío, sombrío sin ser tenebroso, un sol bajo el que puede vivirse. Eso que llaman "la tierra" o "las raíces" reivindica aquí su derecho a la existencia, que nadie impugna por otra parte, pues esta tierra no es muy rica.

Esta tierra ha tenido el privilegio de ver nacer a algunos personajes cuya obra no por dejar de ser revolucionaria es menos importante, en primer lugar la de Šmetana. El Teatro Nacional Checo asimismo produjo un ballet moderno cuya música fue compuesta por un músico de gran talento y de pensamiento bastante moderno: Martinu. Este ballet, que se intitula *Juego de construcción* (*Spalicek*), desarrolla en escena el folclor de todo el país, el cuento dentro del cuento, de la historia del gallo y la gallina a la de la novia abandonada que baila en su salvaje desesperación. En la orquesta, dos protagonistas, un hombre y una mujer, cantan a dueto, bajo una luz tamizada, un encadenamiento de textos que la orquesta acompaña con toques coloridos, y que responde un coro donde se mezclan las voces de sopranos y niños y las voces sepulcrales de bajo. Lo más fuerte del espectáculo es el aspecto infantil, pero son precisamente los

Ernst Weiss, médico como Gottfried Benn y Arthur Schnitzler, fue uno de los expresionistas praguenses de lengua alemana que lograron hacer una obra a la vez perdurable y anclada en su tiempo. Su novela más famosa es *El testigo ocular*, donde el protagonista es reconocido por las iniciales AH.

niños quienes arman las piezas de su juego de construcción. La música es todo fineza. Sin afectaciones, sobria hasta la inopia, y cuando la atmósfera se reanima, es el viento de los campos en flor de Šmetana el que pasa, él que, se dice, murió en la pobreza y a quien hoy quieren erigirle un monumento.

Aquí las personalidades no son especialmente reconocidas. Mozart vivió un periodo relativamente largo de su corta existencia en la villa "Betramka", en ese barrio hoy obrero, con sus edificios ennegrecidos por el hollín; puede decirse que allí creó la parte más significativa de su obra, y la "Betramka" desaparecerá si no se reúnen, mendigando, los fondos necesarios para repararla. Ningún monumento recuerda que sus más grandes óperas fueron representadas aquí por primera vez, y frente a un público entusiasta. Eso no lo salvó de morir, por supuesto, en la miseria extrema, pues tal es el estribillo de la balada del genio. Nada recuerda la existencia del genial Jaroslav Hašek, con toda modestia el más grande humorista de los últimos cincuenta años, ni siquiera el rótulo de un café. Fue la vida quien acabó por matar al maravilloso creador del *Buen soldado Schweik* a su temprana y difícil edad. Sin embargo, algo de su espíritu ha sobrevivido, de este espíritu anarquista a su manera: es el espectáculo de *El asno y su sombra* que aquí representa el "Teatro liberado" en los subsuelos del centro de la ciudad moderna (por lo tanto lejos del Hradcany barroco y de las catedrales góticas). Los dos espléndidos actores tragicómicos Woskovec y Werich son aclamados todos los días por numeroso público, proveniente de la clase media checa, que ríe, aúlla, manifiesta su entusiasmo aplaudiendo con pies y manos. Estos dos grandes actores, tras sus máscaras de payasos, montan cuadros de una audacia cuyos límites no están dictados más que por la censura del gusto y que no menosprecian ninguno de los procedimientos del circo, llegando al extremo de hacer aparecer en escena al asno. Uno de los payasos hace pensar —con su maquillaje de un blanco brillante, su peluca negro azabache, su gran boca inteligente y cínica, sus maneras de andar y bailar, ágiles y alertas— en un viejo dios de la Fortuna tal y como lo pintan, con esos rostros sonrientes que encubren una sabiduría enigmática. El otro se le parece como Sancho Panza a Don Quijote. Su mensaje es protesta, libertad de pensamiento, burla del poder. Es una canción fúnebre sobre la desaparición del bello ideal de la humanidad, el que, entre tanto, se levanta de su tumba. Todo está expresado con un mínimo de gestos y de gritos. Es con justa razón el único teatro verdaderamente popular de la gran ciudad, sin ideales fastidiosos, sólo con lo simple: pan, trabajo para todos. Y justicia, buena voluntad, raciocinio, y, una vez más ¡justicia para todos! El amor a la ciudad tal y como es, tal y como es conveniente defenderla, sin soñar y sin deslumbrarse. Es eso lo que la multitud va a aclamar al teatro. ◇

